

bremos olvidado la indecible amistad de un libro, la piedad de una página, la revolución espiritual de un poema? Para no quedar fuera de la moda y que se sepa que hojeamos a Mc Luhan, ¿hemos olvidado nuestras cartas de amor, las palabras con que algunos maestros nos hicieron crecer, las sílabas iniciales de nuestros hijos, el *Cancionero Anónimo*, la fuerza de gravedad de la poesía, el milagro formal que es un soneto, el bienestar que nos acaricia la vida en los rincones de las bibliotecas? Germaine Greer nos responde: «Un gran momento fue cuando regresé a la universidad de Cambridge hace cinco años y dije: “Me llamo Germaine Greer, soy doctora por Cambridge y me gustaría usar la biblioteca. ¿Puedo hacerlo? ¿Qué hay que hacer?”. Y el hombre que estaba detrás del mostrador me dijo: “Doctora Greer, esta biblioteca es suya. Pase, por favor”. Me puse a llorar».

No perder el triciclo de la historia

Es verdad que el infernal Rimbaud dijo —pero él podía decirlo— que «hay que ser absolutamente modernos»; aunque también es cierto que el angelical Manolo Hugué advirtió cómo «Delante de los que en vez de escultura, pintura, música o poesía realizan meras ocurrencias hay que saber reír copiosamente». Ahora las ocurrencias se cubren con la palabra transvanguardia. Ignoro lo que significa ese apodo. Cuando hace años llegó la postmodernidad tampoco comprendí del todo ese nombre de tanto fuste que mencionaba diversas ocurrencias. Me preguntaba: ¿y después de la postmodernidad, qué? Recientemente han respondido: ahora le llega el turno a la postpostmodernidad: simpática palabra tartaja, angustiada en quienes la pronuncian e indescifrable para quienes la oímos. Y además es legítimo preguntarse: ¿y después? ¿Postpostpostmodernidad? ¿Transtransvanguardia? Son capaces de todo con tal de intentar otorgar alcance universal a meras ocurrencias. Son capaces incluso de olvidarse de aquel despavorido grito de Valéry: «¡Dios mío, todo cambia en este mundo, menos la vanguardia!».

Trabajos de amor perdidos

La Historia, esa acumulación de «presentes sucesiones de difuntos», es una asignatura demasiado importante como para que nadie se la arrebate a los historiadores. Pero tiene suficiente complejidad como para ofrecer trabajo a los novelistas y los poetas. Tiene una vastedad que reclama asimismo el esfuerzo de los sociólogos y los economistas. Y tiene tan subterránea obstinación como para exigir la lentitud del antropólogo y la pun-

tualidad del periodista. Pero no basta. Sin retroceder de este siglo, la historia motivó, entre otras muchas no menos inmundas, aunque sí menos cuantitativas, dos guerras que ensangrentaron a Europa con más de sesenta millones de muertos, y motivó dos enfermedades colectivas —el nazismo y el estalinismo— que afrentaron y desfiguraron el rostro de la moral humana. Si hasta finales del siglo XIX cabía duda de que la especie tuviese compostura, nuestro siglo nos asegura que esta especie animal es una monstruosa cuenta pendiente. Resulta incomprensible que no exista sentado a la puerta de todas y cada una de las Academias de la Historia de todos y cada uno de los países del mundo un psicoterapeuta con la cara llena de lágrimas.

Las dos Españas

Don Miguel de Cervantes fue desdichado y compasivo. Sus armas fueron el genio, la pena y el humor. Fue un artista de la piedad, no omitió ejercitar la crítica, pero desconoció el desprecio. Don Francisco de Quevedo y Villegas fue también desdichado, pero no misericordioso. Sus armas fueron el genio, la erudición y el sarcasmo. No omitió ejercitar la crítica, pero ambicionaba el poder y abusó del desprecio. Cervantes tuvo que mendigar un puesto en la Administración; Quevedo, más desaforado, llegó a escribir una página vil contra Villamediana para halagar al Conde Duque de Olivares. Ambos derrocharon una memorable virtud: el coraje.

España cervantina y quevediana, ambiciosa y desventurada, postergada y valiente. Quizá deberíamos ser algo más cervantinos y un poco menos quevedianos. Sin embargo, no hay más cera que la que arde: somos mancos que tiran rápidamente de la espada, fatigados y lapidarios, deslenguados y silenciosos. A veces tratamos de comprender a nuestro adversario; otras veces corremos a esa fiesta de Caín que llamamos guerras civiles. Es nuestra herencia: Cervantes y Quevedo —quienes, por otra parte, y además de asemejarse en la genialidad, compartieron un destino sumamente español: ambos reflexionaron en la cárcel.

Las dos Francias

Un texto antipático prendió fuego a la mecha que haría reventar la polémica. Un señor Jeanson (¿recuerdan su nombre los jóvenes?) sirvió para que la amistad obcecada entre Camus y Sartre estallase en pedazos, sin contemplaciones y sin solución. El revolucionario y el rebelde se volvieron la espalda y ya no simulaban que sus metas eran comunes. No lo eran.

Sartre continuó capitaneando el fragor revolucionario de la Francia burguesa universitaria. Camus comenzó a tragarse el castigo por su enérgica reivindicación de la democracia. En los años cincuenta la moral de Camus fue «prematura» y el autoritarismo estalinista lo exilió en el silencio. Sartre, entonces pope y Papa del sentir político de la izquierda francesa, acabó como doctrinario tardío. Los años van sacando brillo cordial a las páginas de Camus y extendiendo una patina de óxido en las admoniciones de Sartre. Ahora, cuando la entera historia del Este y del Oeste nos prueba que Camus siempre estuvo más cerca de los anhelos de los hombres y los anhelos del futuro, escuchamos el fragor de los años aquellos: y en él oímos el ruido de nuestra precipitación. Convirtieron a Camus en un chivo expiatorio y nosotros lo consentimos. ¿Con qué otras injusticias estaremos, cobardemente, consintiendo en este momento?

Al ghetto

Las sociedades castigan a aquellos que les producen más espanto. A los suicidas, por ejemplo. «Creo haber mencionado los suicidios, cada año más frecuentes», escribió Borges, un melancólico gozador de la vida. Pero a quienes ya no gozan de la vida, y saben con infernal certeza que jamás lograrán gozarla, ¿por qué castigarlos? Por el miedo al contagio: la desgracia es más contagiosa que la felicidad: pues la desgracia duradera existe y la felicidad duradera no existe. Cuando murió Thomas Bernhard, el terror de quienes lo amábamos y el de quienes lo odiaban dedujo que se había suicidado: es que, ante la desgracia, el amor y el odio son insignificantes. Ante la desgracia nos volvemos coléricos y agresivos, autoritarios y simplificadores. Por eso a los desgraciados se les persigue con saña y con horror: pues ¿y si nos convencieran de algo inimaginable? Soñamos con un ghetto inmenso en donde aprisionar a los infortunados. Pero es inútil: la reflexión sobre el infortunio es de una testarudez formidable. En una casa vacía del barrio londinense de Hampstead fue encontrada esta nota: «Por qué suicidarse? ¿Por qué no?».

El opio del pueblo

Las *memorias* de Eugenia Ginzburg (*El vértigo*, 1974 y *El cielo de Siberia*, 1980), uno de los documentos políticos más espantosos de nuestro tiempo, redactado por una mujer admirable a quien nadie recuerda, conocieron una sola publicación castellana en editoriales que ya no existen. Ninguno de

ambos libros ha sido reeditado en España. En el primero de ellos, Zenia Ginzburg relata uno de los más escalofriantes casos de fanatismo religioso de que tengo memoria: cuando en 1935 eran ya masivas las detenciones, torturas, deportaciones y asesinatos en la URSS, la comunista Pitoskaia, en la noche de la detención de su marido, se negó a que éste se despidiese de su hijo y estrechó efusivamente las manos de los policías. Al día siguiente, sin embargo, la Pitoskaia fue expulsada de su trabajo en el Comité Regional del Partido, y su hijo del albergue infantil. Aconsejados por el terror, los amigos y conocidos le retiraron el saludo. No le quedaron más que su hijo, la soledad, el hambre y el horror a la libertad. Poco después escribió una nota sin destinatario en la que suplicaba que se la considerase una buena comunista, escribió a Stalin una carta «llena de expresiones de amor y de fidelidad» y se suicidó.

«El opio de los intelectuales»

«El norteamericano Louis Fischer, que durante muchos años había sido periodista en Moscú y comunista, tomó la palabra para atacar a la URSS. Llevó a Sartre a un rincón y le expuso los horrores del régimen soviético. Continuó mientras cenábamos en *Lipp* con los Wright. Con los ojos brillando de un fanatismo extraviado contó hasta perder el aliento historias de desaparición, traición, liquidación, sin duda verdaderas, pero cuyo sentido y alcance no se comprendían (...). El antisovietismo hacía fuego con todas las leñas. En noviembre una rusa blanca, la Kosenkina, saltó en Nueva York por la ventana del consulado soviético. Se hizo mucho ruido en torno a este melodrama». Hay que imaginar cierto hastío en Simone de Beauvoir al concederse citar «ese melodrama» en sus *Memorias*. Pues bien: nosotros, intelectuales progresistas, leíamos en los sesenta esas inmundicias sin protestar, sin parpadear: sin advertir siquiera que eran inmundicias. Algunos se desintoxicaron del «opio de los intelectuales» con temprano coraje (Arthur Koetsler, Ernesto Sábato, George Orwell, Octavio Paz, Albert Camus): fueron premiados con insultos, injurias y calumnias. La así llamada *intelligentsia* puede ser admirable. Puede ser también nauseabunda. Nuestra coartada era «no dar armas a la derecha»: con el silencio se las dimos.

Justicia

Creíamos que la llamada penetración cultural norteamericana se limitó en España al consumo de cosas frecuentemente útiles, nutritivas o amenas: